



SANTOS



Gianna nació en Magenta, provincia de Milán, en 1922. El llevar a término su cuarta gestación, le costó la vida. Pablo VI, en el ángelus del 23/Sept./1973, dijo de ella: “Una madre de la diócesis de Milán que, por dar la vida a su niña, ha sacrificado la propia con meditada inmolación”. Lo mismo han hecho más recientemente Juan Pablo II y el Cardenal Martini.

En su familia, los “Beretta” milaneses, fueron 13 hijos, pero quedaron ocho por la famosa epidemia “española” después de la guerra de 1915/18 y de dos muertos en la primera infancia. De ellos: una fue pianista, dos ingenieros, cuatro médicos y una farmacéutica. Uno de los ingenieros, Giuseppe, se hizo sacerdote; y dos de los médicos, se hicieron religiosos misioneros, Virginia y Alberto. Gianna, penúltima de ocho hermanos, se hizo médico en 1949 y especialista en pediatría en 1952. Pero continuará curando a todos, especialmente a los ancianos y solos. Médico al 100 %. Para ella, todo es deber y todo es sagrado: “Quien toca el cuerpo de un enfermo, -dice-, toca el cuerpo de Cristo”.

Comulgó por primera vez a los cinco años y medio (¡Dios mío, cuantos cursos le faltaron, pensarán muchos catequistas de estas tierras, hoy!) y la Confirmación a los 8 (¡Jesús que error!, exclamarán pastoralistas que ignoran el poder de la gracia sacramental y son sabihondos pedagogos) Perteneció a la Acción Católica. Trabajó por los pobres en las Conferencias de San Vicente de Paúl.

Durante su adolescencia, ya muertos sus padres, hubo de interrumpir los estudios un curso a causa de una enfermedad, cuando tenía 16 años. Fue en esta época cuando tomó una decisión radical que marcaría su vida: “quiero temer el pecado mortal como si fuera una serpiente; mil veces morir antes que ofender a Dios”, escribe en su diario.

Le gustaba el deporte, y practicaba el esquí y el alpinismo. Amó la música y la pintura. Estudió medicina y se especializó en pediatría. Imaginó irse como misionera seglar a Brasil, muchos también lo han pensado. Se interrogó sobre cuál era la llamada del Señor; no encontraríamos tantos que se hayan planteado así su vida. Decidió que su vocación era el matrimonio.

En 1954 encontró al hombre de su vida, y con él se casó el 24 de septiembre de 1955. Era un joven ingeniero, Pietro Molla, también de Acción Católica. En su primer encuentro, la doctora Gianna Beretta, le parece a Pietro: “Extremadamente límpida, extremadamente graciosa”. Los esposos siguieron viviendo en la fuerte tradición religiosa familiar (misa y oración diarias, vida eucarística), insertándola plenamente en la modernidad. Aprovecha la siempre ocupada vida del marido, gran dirigente industrial, para cultivar sus aficiones y acudir al teatro y a los conciertos.

Vivieron en Puente Nuevo de Magenta, donde se enriqueció de la novedad gozosa y viva de la Acción católica femenina: los “retiros” son momentos de fuerte interioridad, y le van aportando ocasiones continuas de fiesta: es el complemento a su alegría. Vive esta tarea como la misión de médico. Después de su muerte, el marido leerá los apuntes con los que ella preparaba los encuentros, descubriendo “una conexión indisoluble entre amor y sacrificio”.

En aquella casa se vivía santamente, es decir, con toda naturalidad, el amor cristiano. Ella iba a misa, trabajaba, pensaba en su marido. “Te quiero mucho, Pietro, le escribe el 10 de Junio del 55, siempre estás presente en mi vida, empezando por la mañana en misa. En ella ofrezco tu trabajo con el mío, tus alegrías, tus sufrimientos. Luego durante todo el día, hasta llegada la tarde”. En otra ocasión se sincera: “¿Cómo debería ser para hacerte feliz? Tú me contestas: seguir siendo buena, cariñosa y comprensiva, como ahora”. Querían tener hijos y lo consiguieron. El primero que nació fue Pierluigi en 1956, María Rita (Mariolina) en el 57, Lauretta en el 59.



Todo lo dicho puede parecer pura beatería a algunos. La fe, la devoción, se prueba como el oro en el crisol, dice la primera carta de S. Pedro (1,7) y a Gianna le llegó esta hora. En el tercer mes de su cuarto embarazo, en Septiembre de 1961, cuando está embarazada por cuarta vez, se le diagnosticó un fibroma en el útero, siempre el de más evidente gravedad, con la prospectiva de renunciar a la maternidad para no morir, y para no dejar solos a tres huérfanos. Pero Gianna tiene su jerarquía de valores, que coloca en el primer puesto el derecho a nacer. Y es lo que decide: ¡a precio de su vida! y del dolor de los suyos. Fue el principio de su holocausto. Sus desvelos eran que no peligrara la vida de su criatura. El marido recuerda que con tono firme y al mismo tiempo sereno, le dijo cuando se acercaba el parto: “si tenéis que decidir entre yo y la criatura, no dudéis, elegís, os lo exijo, el niño. Lo salváis”. A despecho de todo, Gianna Emanuela nace, y su madre pudo todavía tenerla entre los brazos, antes de morir. Una muerte que es un mensaje luminoso de amor. Después de una semana de intensos dolores, debidos a una peritonitis séptica que sucedió al parto, murió repitiendo: “Jesús te quiero, Jesús te quiero”. Esto ocurría el sábado 28 de abril de 1962. Gianna, que en su exterior tanto se parecía a nosotros, fue consecuente con su compromiso cristiano y murió mártir de su vocación maternal.

Antes de terminar, dos reflexiones: Hay personas que sienten devoción a determinados santos y solicitan sus favores; mientras a otros, su historia les interpela, como ocurre ahora con Gianna La segunda reflexión: no puedo pensar en que su imagen, con su vestido y su peinado, pueda colocarse en una esbelta catedral gótica o en una severa abadía de la vieja Europa. Opino que la aureola de santa, que acostumbran a poner, rodeando el rostro de los elegidos, no le cae bien a su sonrisa. Tal vez me pasa lo mismo que a aquel que cuando le preguntaron si quería ser bueno respondió que sí, pero cuando añadieron si deseaba ser santo contestó: “hombre no, tanto no”.

Lucía, la fachada inmensa de la basílica de S. Pedro del Vaticano, la mañana del pasado 16 de mayo, los grandes “cromos” de los seis beatos que iban a ser declarados santos. El gesto de todos era de eso, de santos. Todos menos uno. Se trataba de la pintura que ocupaba el extremo derecho. Representaba a una mujer joven y alegre, con una niña en sus brazos. Vestida y peinada como cualquier mujer joven y alegre viste y se arregla en nuestros tiempos.

Beatificada en Roma, el 24 de abril de 1994, ha sido ahora canonizada por Juan Pablo II el 16 de mayo de 2004. El Papa ha querido exaltar juntos el heroísmo final, su entera existencia y la enseñanza de toda una vida. Gianna Emanuela, la hija nacida de su sacrificio heroico, dice: “Siento en mí la fuerza y el coraje de vivir, siento que la vida me sonrío”. Y quiere rendir un homenaje a su madre: “dedicando mi vida al cuidado y a la asistencia los ancianos”. Al proclamarla santa, sin duda, deseaba poner un ejemplo “actual” para las familias y como testimonio coherente y martirial ante los excesos de la medicina moderna...

ORACIÓN: “Derrama Señor, sobre nosotros el espíritu de tu sabiduría y amor con que llenaste a tu hija Santa Gianna Beretta: para que, a imitación suya, te obedezcamos siempre con sencillez y te agradecemos con nuestra fe y nuestras buenas obras. Por JNS.”.